


Seducción y (hetero)erotismo en perspectiva: reiteración, desplazamientos e incorporaciones de sexo/género/deseo performativamente materializadas*

Seduction and (hetero)eroticism in perspective: reiteration, displacements and incorporations of sex/gender/desire performatively materialized

Sedução e (hetero)erotismo em perspectiva: reiteração, deslocamentos e incorporações de sexo/género/desejo performativamente materializadas

María Celeste Bianciotti**

 <http://orcid.org/0000-0001-7725-8622>

Centro de Investigaciones y Estudio en Cultura y Sociedad (CONICET-UNC)
Programa Subjetividades y Sujeciones Contemporáneas (CIFYH-UNC)

DOI: <http://dx.doi.org/10.21803%2Fpenamer.10.18.426>

Resumen

Considerando el carácter formativo de las performances eróticas y de sexo/género/deseo sobre las subjetividades, este trabajo se propone demostrar ciertos modos estético/erótico/corporales de seducción y erotismo por medio de los cuales un conjunto situado de mujeres jóvenes (re)producía procesos de constitución del sí mismas. Este artículo se desprende de una etnografía que tuvo como objeto empírico performances de seducción e interacciones (hetero)eróticas de un conjunto de 30 mujeres jóvenes universitarias que vivían en la ciudad de Córdoba, Argentina, entre 2009 y 2012.

Palabras clave: Performance, Subjetividad, Género, Erotismo, Mujeres jóvenes.

Abstract

Considering the formative character of erotic performances and sex/gender/desire on the subjectivities, this paper proposes to demonstrate certain aesthetic/erotic/corporal ways of seduction and eroticism through which a corpus of young women (re)produced processes of self-constitution. This article deduces from an ethnography which empiric object represented seduction performances and (hetero)erotic interactions of a corpus of thirty young women studying at university that lived in the city of Córdoba, Argentina, between 2009 and 2012.

Key words: Performance, Subjectivity, Gender, Eroticism, Young women.

Resumo

Considerando o caráter formativo das performances eróticas e de sexo/género/desejo sobre as subjetividades, este artigo propõe-se demonstrar certos modos estéticos/eróticos/corporais de sedução e erotismo através dos quais um conjunto de mulheres jovens (re)produziam processos de constituição de si mesmas. Este trabalho desprende-se de uma etnografia que teve como objeto empírico performances de sedução e interações (hetero)eróticas de um conjunto de trinta jovens universitárias que viviam na cidade de Córdoba, Argentina, entre 2009 e 2012.

Palavras-chave: Performance, Subjetividade, Género, Erotismo, Mulheres jovens.

Cómo referenciar este artículo: Bianciotti, M.C. (2017). Seducción y (hetero)erotismo en perspectiva: reiteración, desplazamientos e incorporaciones de sexo/género/deseo performativamente materializadas. *Pensamiento Americano*, 10(18), 199-220. <http://dx.doi.org/10.21803%2Fpenamer.10.18.426>



Recibido: Febrero 2 de 2016 • Aceptado: Junio 15 de 2016

* Este artículo se desprende de una investigación doctoral financiada por medio de una beca otorgada por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de Argentina entre 2009 y 2014.

** Magister en Género, Identidad y Ciudadanía, Universidad de Cádiz. Doctora en Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires. Es Becaria Posdoctoral de CONICET. Docente en la Universidad Provincial de Córdoba, Argentina. celestebianciotti@yahoo.com.ar

Presentación

Este trabajo surge de una investigación que tuvo como objetivo (de)mostrar ciertos modos de configuración de procesos de sujeción y subjetivación por medio de un conjunto de “citas estilizadas del cuerpo” (Butler, 2007) enmarcadas en experiencias (hetero)erótico/afectivas de jóvenes universitarias de sectores socioeconómicos medios que vivían en la ciudad de Córdoba, Argentina, entre 2009 y 2012.

El objeto empírico de esta investigación se constituyó como un conjunto de performances de seducción y erotismo realizadas por unas 30 mujeres jóvenes con las que desarrollé una etnografía que incluyó conversaciones informales –individuales y grupales–, entrevistas en profundidad y “participación observante” (Guber, 2008) en momentos/espacios que estas mujeres referenciaban como propicios para la consecución de interacciones (hetero)eróticas, como salidas nocturnas a bares, fiestas universitarias y locales bailables de la ciudad. Estas mujeres tenían, al momento del trabajo de campo, entre 20 y 35 años, eran estudiantes universitarias o recientemente recibidas de carreras de grado, muchas de ellas, además de estudiar trabajaban como secretarias y empleadas de comercio y en su mayoría eran solteras. Solo una de ellas era madre. Vivían, en general, con amigas o compañeras de estudio o trabajo en departamentos céntricos de la ciudad o en el barrio estudiantil Nueva Córdoba. Muchas de estas jóvenes provenían de distintas regiones del país y de localidades pequeñas de la pro-

vincia de Córdoba mientras que el resto habían nacido y seguían viviendo en la ciudad.

Las preguntas que guían este trabajo refieren a qué hacían, en términos performativos, estas performances e interacciones en quienes las realizaban y cómo lo hacían, especialmente en términos de sexo/género y heterosexualidad. ¿Cómo se sujetaban/subjetivaban estas jóvenes por medio de las performances de seducción que llevaban a cabo y de las interacciones (hetero)eróticas de las que participaban? ¿Qué compromisos y escapatorias establecían, en ese proceso, con las normas de la matriz de inteligibilidad heteronormativa? ¿Qué tipo de incorporaciones de sexo/género/deseo y raza/clase eran performativamente materializadas sobre la superficie de sus cuerpos?

Estas preguntas se sustentan en la hipótesis de que las iteraciones significantes estilizadas del cuerpo que configuran performances de seducción tienen potencialidad performativa: hacen sujetos –generizados, enclasados, racializados–. Sostenida en esta hipótesis (de)mostraré como, es decir por medio de qué modos estético/erótico/corporales estas jóvenes (re)producían procesos de constitución del sí mismas en el marco de experiencias (hetero)eróticas de diverso tipo.

Se hará necesario, en primer lugar, describir densamente (Geertz, 2006) los modos estético/erótico/corporales de seducción de estas mujeres. Estos modos –gestos y actos de y con género– serán analizados como “perfor-

mances sociales”, es decir, como “conductas restauradas” realizadas siempre por segunda vez (Schechner, 2000). Las performances son, por su cualidad reiterativa, conductas no originales y no espontáneas pero, a la vez, nunca iguales a sí mismas ya que “(...) ninguna repetición es exactamente lo que copia” (Schechner, 2000, p.13). Considerar estas prácticas como performances implica analizarlas como reiteración de “guiones sexuales” (Gagnon, 2006) y citación de “normas de sexo/género/deseo” (Butler, 2002, 2007); y, a la par, ponderar su potencialidad restauradora y transformadora ya que el “espacio de sentido abierto por el género”, aunque normativizado, “puede ser resignificado” (Sabsay, 2007, p.86).

La potencialidad renovadora de estas performances exige ponerlas en perspectiva histórica, por lo menos en el ámbito local. Haré esto por intermedio de una escueta presentación de la escasa pero interesante literatura, especialmente argentina, existente en torno a moralidades sexuales y sexualidades femeninas. Luego, analizaré –tomando algunos testimonios significativos recabados en campo– las experiencias (hetero)eróticas de las jóvenes con las que trabajé, para, finalmente, (re)construir algunos modos en que se sujetaban y subjetivaban por intermedio de las mismas.

Del cortejo al levante: algunas transformaciones en las experiencias del (hetero)erotismo en las últimas décadas

Como las performances eróticas son – debido a su capacidad reiterativa– lo mis-

mo y siempre algo diferente de sí mismas (Schechner, 2000, 2012), y como su potencialidad performativa se establece por medio de la sedimentación de unos usos que al tiempo que reiteran, “actualizan” y “renuevan” ciertas normas (Butler, 2002, 2007) es que se hace necesario delinear los recorridos históricos por los que vienen transitando los modos interaccionales de la seducción y el (hetero)erotismo en Sudamérica y, especialmente, en Argentina –donde llevé a cabo la investigación que presento aquí–. Sabemos que en el marco de toda reiteración el “uso normativizado” es “desplazado” (Sabsay, 2007), y esos desplazamientos de las políticas y las estéticas, de los discursos y de las performances no pueden ser comprendidos sin una revisión atenta de los procesos históricos que las configuran y contienen. Si coincidimos en que estas performances son contingentes y tienen una potencialidad renovadora entonces deberemos ponerlas en relación con su pasado. Haré, aquí, un breve recorrido que iniciará en los años 60.

Según estudios realizados por historiadoras feministas, los imaginarios en torno a la feminidad se modernizaron en la Argentina de entreguerras a la par que la sociabilidad se tornó más flexible (Barrancos, 1999). Sin embargo, estas transformaciones no modificaron cuestiones estructurales como la valoración de la virginidad femenina prematrimonial (Cosse, 2008). Contrariamente a aquello que sucedía durante la llamada “Revolución Sexual” en países como Estados Unidos, Inglaterra o Francia; en Argentina las transformaciones en torno a

las cuestiones sexuales y la equidad de género se establecieron de un modo “moderado” y “ambiguo” (Cosse, Felitti & Manzano, 2010; Cosse, 2010a, 2010b). Para Cosse (2010b) fue recién a partir de los años 60 en Buenos Aires cuando comenzaron a vislumbrarse transformaciones en las experiencias del cortejo y el noviazgo: nuevos tipos de sociabilidad hicieron que el flirteo sea desarrollado sin el control de los adultos, integrara besos y caricias y aparecieran las citas donde los y las jóvenes interactuaban fuera del entorno familiar. En este contexto, diversos discursos se solapaban en la arena pública, especialmente porteña, en torno a nuevos tipos de sociabilidad juvenil asociados a modos foráneos de diversión que aparecieron con el rock y el twis, y sus implicancias en la moral sexual local (Manzano, 2010). Mientras que grupos de jóvenes disfrutaban y defendían aquella nueva forma de ocio y diversión –que implicaba acercamientos corporales que funcionaban como instancias de aprendizaje del erotismo–, sectores como el comunismo y el periodismo lo consideraban o bien una forma de diversión “alienante” y “decadente”, en el primer caso, o contraria a las “buenas costumbres” y “la moral sexual”, en el segundo (Manzano, 2010). Podían leerse en revistas de la época posiciones que aseguraban –con preocupación– que los “movimientos frenéticos” de estas danzas rompían “las barreras de la libido” y desbloqueaban “inhibiciones” (Manzano, 2010, p.37), mientras que algunas revistas destinadas a mujeres proponían un tipo de modernización femenina ligada al ocio

mixto y la elección de la nueva moda del jean y los sweaters.

En este momento histórico Isabella Cosse (2010b) inscribe la desaparición del “festejo” –etapa previa al noviazgo sin contacto físico-erótico que culminaba en la declaración amorosa del varón y la aceptación de la mujer–, y su sustitución por un estilo de flirteo más “directo” y “fluido” que habilitaba besos y caricias durante los primeros encuentros. En los años 60 y 70 “reglas de sociabilidad más distendidas” posibilitaron transformaciones en el cortejo y la experiencia del (hetero)erotismo (Cosse, 2010b). Textos típicos de la época comenzaban a hablar de la “liberación femenina” refiriéndose a las salidas nocturnas de las jóvenes, la práctica del fumar, el uso de minifaldas y la amistad con varones (Mafud, 1966). Daban cuenta, también, de nuevos modos de cortejo como los “levantes” en algunas calles porteñas donde los varones seguían a las mujeres que caminaban por las veredas y las invitaban a subirse a sus coches para pasear y conocerse (Giberti, 1971). Sin embargo, las “campanas moralistas” –con sus allanamientos en hoteles-alojamiento, vigilancias en playas de veraneo y detenciones en bailes– muestran la fuerza de los procesos de transformación de la moral sexual de estos años tanto como la “capacidad de respuesta del espectro conservador” (Cosse, 2008, p.142).

La literatura existente en Argentina muestra que los años 60 y 70 fueron tiempos de cambio del modelo familiar doméstico, la doble moral sexual y los roles e imaginarios de la feminidad

y la masculinidad; pero también que dichas transformaciones encarnaron “dualidades” y “ambivalencias” típicas de épocas de transición (Cosse, Felitti & Manzano, 2010). Por esta razón es que se habla para la Argentina de estos años de una revolución sexual “discreta” (Cosse, 2010a, 2010b).

Fue, quizás, recién en los años 80 que estas transformaciones culturales calaron con mayor fuerza en las experiencias concretas y situadas de las mujeres argentinas¹, acompañadas de la caída de los regímenes dictatoriales, el uso ya extendido de la píldora anticonceptiva y la aprobación en el país de la ley de divorcio de 1987, por medio de la cual el estado reconoció, por primera vez, la autonomía de los/as sujetos para decidir sobre su vida afectiva y familiar (Pecheny, 2010). Los años 80 fueron testigos, además, de la proliferación de organizaciones de derechos humanos, grupos feministas y espacios *under* –“microcomunidades que apelaron a la invención de territorios propicios para la fiesta, las drogas, la experimentación corporal y las sexualidades promiscuas, entendidas como ‘estrategias de la alegría’” (Carbajal et. al, 2012, p.15). A su vez, en la esfera pública-me-

diática se tornaron comunes escenas eróticas y la desnudez del cuerpo femenino. Sin embargo, la convivencia de guiones sexuales culturales e interpersonales “conservadores” y “modernos” se observaba aún en ciudades como Rio de Janeiro –popularmente conocida por una supuesta libertad sexual atípica para Latinoamérica. Heilborn (2006) muestra como en la misma ciudad coexistían modos opuestos de relacionamiento erótico. Mientras que en algunas zonas residenciales de Rio todavía prevalecían los “namoros de portão”, desarrollados en las entradas de las viviendas de las novias bajo “la mirada vigilante del grupo familiar”² (Heilborn, 2006, p.102); en las zonas sur de la ciudad, especialmente en las playas de Ipanema, se experimentaban nuevos tipos de relacionamientos eróticos como la “*amizade colorida*”. En estas playas, lugar de reunión de “grupos de vanguardia”, prevalecía una atmósfera de caricias y besos y demostración pública de las preferencias sexuales, sincronías que no precisaban de un vínculo amoroso formal que las precediera (Heilborn, 2006).

Ya para los años 90, Schuch (de)mostró cómo pese a la preocupación de periodistas, padres y madres y educadores/as sobre la práctica del “*ficar*”³, esta se extendía entre las camadas jóvenes del sur y centro de Brasil. En

1 Hasta el momento no he encontrado en Argentina investigaciones que aborden experiencias (hetero)erótico-sexuales de mujeres en esta década, lo que indica que estamos ante un área de vacancia temática. En general, dentro de los estudios de género, en especial historiográficos, se está abordando la participación femenina en partidos de izquierda, movimientos sociales y feministas y cuestiones referidas a salud y derechos sexuales y reproductivos. Dentro del campo más específico de los estudios en sexualidades el interés está puesto en sociabilidades (homo)eróticas, (homo)eroticismos y escenas “*under*” –típicas de los 80– marcadas por sexualidades disidentes y experimentaciones corporales y artísticas (Blázquez & Lugones, 2012, 2014; Meccia, 2011; Lucena, 2012a, 2012b; Rapisardi & Modarelli, 2001).

2 Esta, como las demás traducciones hechas aquí son propias.
3 El término “*ficar*” refiere a un encuentro (hetero)erótico que se establece, generalmente, en un espacio público y es típico de las camadas jóvenes de Brasil. Este encuentro ocurre con base en la atracción mutua entre dos sujetos que da lugar a contactos corporales como besos y caricias que pueden o no derivar en un coito sexual. Este tipo de relacionamiento erótico puede o no, con el paso del tiempo, conllevar compromisos eróticos y afectivos entre los sujetos.

los discursos mediáticos que analiza Schuch (2002) aparecía la preocupación por la práctica del sexo desligada del sentimiento del amor por parte de adolescentes y jóvenes brasileros/as y el no compromiso de los compañeros eróticos pos relacionamiento sexual. Mientras que estos discursos decretaban la “ausencia de amor en los corazones juveniles” (Schuch, 2002, p.284), los/as jóvenes con los que trabajó Schuch –estudiantes universitarios/as de Porto Alegre– combinaban, según deseos y posibilidades, la práctica del “ficar” con la del “namoro” –noviazgo. Investigaciones realizadas en Argentina y Chile muestran, también, para las décadas de los 90 y 2000 la co-presencia de diferentes tipos de relacionamientos (hetero)eróticos como “la transa”, “los chapés”, “los huesos”, “los histeriquéos”⁴ y “los noviazgos” (Blázquez, 2004; Boix, Ghisolfi & Rizo, 2009; Jones, 2010; Silva Segovia & Delgado Barrientos, 2008).

Allí donde hubo festejos seguidos de declaraciones de compromiso amoroso, pedidos de mano, namoros de portão o flirteos de zaguán hoy hay –además de noviazgos– *chapés* y *sexo de una noche, huesos e histeriquéos*⁵. Los

4 Estos tipos de relacionamientos eróticos comparten la característica de constituirse en vínculos no consolidados formalmente. Mientras que “las transas” y “los chapés” refieren a sincronías físico-eróticas que integran besos y caricias y, a veces, la consecución de coitos (hetero)sexuales, y que ocurren en el lapso de unas horas, generalmente una noche; “los huesos” y “los histeriquéos” remiten a relacionamientos más prolongados en el tiempo pero sin compromisos de formalidad y exclusividad erótico-amorosa. Los últimos reciben el nombre de “histeriquéos” –término que deviene de histeria– porque suponen la imposibilidad de consecución de una sincronía físico-erótica, no sobrepasando las etapas de galanteo y seducción.

5 Los términos locales utilizados por las jóvenes con las que trabajé aparecerán, aquí, en cursiva con el fin de destacarlos y reconocerlos fácilmente.

actos performativos de la seducción femenina tanto como los intercambios (hetero)eróticos han devenido más presentes en la vida social contemporánea –especialmente en ámbitos de ocio y divertimento nocturnos juveniles donde cobran su mayor dimensión escénica– y se han tornado más flexibles.

Ahora bien, antes de retornar al presente me interesa, para poner en perspectiva histórica las interacciones (hetero)eróticas y performances contemporáneas, delinear mínimamente un “guión interpersonal” (Gagnon, 2006) heterosexual (des)cubierto en un trabajo de campo actual llevado a cabo con mujeres que fueron jóvenes entre las décadas de 1950 y 1970 en la provincia de Córdoba.⁶ Utilizaré, para esto, el relato de Alcira, una entrevistada cordobesa de 65 años.

– Nosotros podíamos contactar en los bailes, el baile donde íbamos con nuestras madres, por supuesto.

– *Con las mamás...*

– Con las mamás... Y en el baile ¿cómo hacés para salir a bailar?: bueno, era mirarlo [desde una mesa en dónde se ubicaba solo el grupo de amigas con la adulta responsable a cargo] y ellos te ha-

6 No es intención, aquí, analizar exhaustivamente el caso de Alcira como tampoco exponer los datos de campo que están siendo construidos actualmente y que, por tanto, son provisionales. Este extracto de entrevista tiene por objetivo echar luz sobre las transformaciones que se vienen produciendo en las experiencias eróticas y contextualizar los intercambios y las performances de seducción femenina contemporáneas que se establecen como el objeto empírico de este texto.

cían una seña. Vos por ahí te dabas vuelta para saber si te invitaba a bailar a vos o a otra. Ahí te conocías, bailabas, tenías una conversación hasta que terminaba la selección, que duraba siete, ocho canciones. (...). Yo ya había bailado con el amigo de mi marido y me había gustado la forma de ser del amigo. Cuando los vuelvo a encontrar yo miraba al amigo pero el amigo sacó a otra y él me invitó a mí y yo salí. Después me invitó de nuevo, y de nuevo... y un día me dice: ¿te puedo acompañar a tu casa? Entonces yo le digo: esperá que le pregunto a mi mamá.

– ¿Y tu mamá te dijo que te podía acompañar?

– Sí, porque había visto que yo ya había bailado bastante con él. Nos habremos visto tres o cuatro bailes. Y yo iba con él y todas atrás: atrás las amigas y atrás mi mamá, y él decía: ¿por qué no podemos nosotros ir atrás? Bueno, no, yo ya había dado un paso, me acompañaba... Y un día ya dijo: el sábado que viene me gustaría conocer a tu papá. Vino el sábado siguiente, salgo yo y al rato salen todos. Era la primera que tenía novio, entonces sale mi hermano, mi hermana, todos a la vereda a saludar. ¡Y él no sabía qué decir! Y, bueno, salimos a caminar y era una relación muy linda, así de conocernos...

– Y esa vez, ¿no entró a tu casa?

– No, no, no.

– ¿Por qué?

– Porque no era todo tan rápido como ahora. Era todo más lento, más prudente, todo despacio, a mí me gustaba así y él era perfecto. (...). Y después mi papá averiguó quién era él y a qué familia pertenecía porque él era de afuera de la ciudad. Cuando le dieron el ok entró a casa.

– ¿Y qué hicieron en ese paseo?

– Charlar, charlar, algún besito por ahí pero muy poco porque todavía era muy temprano, era un sábado, había dejado de llover y estaba todo mojado, me acuerdo. Yo tenía una blusita roja y una pollera estampada, me acuerdo de eso.

– ¿Y qué año era?

– El año 68.

(Entrevista con Alcira, junio de 2016).

El relato de Alcira ilustra un tipo de guión sexual interpersonal donde se reflejan las normas que regulaban estos intercambios, los modos –de sexo/género– de hacer y estar en interacciones (hetero)eróticas, los tiempos de entrada en acción de diferentes participantes y diversos elementos simbólicos.

John Gagnon define los guiones sexuales como “secuencias de conductas” “organizadas y delimitadas en el tiempo por medio de las cuales las personas contemplan el comportamiento futuro y verifican la calidad del comportamiento en marcha” (2006, p.114), involucrando elementos simbólicos como no verbales que se performan en función de contextos, motivaciones y deseos diversos, persiguiendo un determinado tipo de “proyecto”. En el rela-

to de Alcira podemos observar, por un lado, la figura de la madre –incluida aun en un espacio de sociabilidad que se tornó, luego, exclusivamente juvenil– funcionando casi como un “detective privado” del régimen heteropatriarcal (Preciado, 2014): vigilando, escoltando, permitiendo o prohibiendo. También la autoridad del padre, ante quien se presentó el pretendiente, y sobre el que hizo una serie de averiguaciones antes de aceptarlo como prometido de su hija. Por otra parte, los modos de estar y hacer masculinos y femeninos. Él convidando a Alcira a salir a la pista en sucesivas ocasiones, ofreciendo acompañarla hasta su casa y, por último, proponiendo conocer a su padre: “íconos indiciales” (Tambiah, 1985) de progresos en la relación que comenzó como flirteo y devino primero noviazgo y, luego, matrimonio. Ella sentada a una mesa esperando, aunque no de modo completamente pasivo, ser invitada a bailar. Utilizando el recurso sutil de la mirada para habilitar compañeros de baile, tarea en la que podía o no –como vimos– resultar exitosa, y, por último, aceptando los progresivos avances que él fue proponiendo.

Cuerpo, seducción femenina y guiones actuales del (hetero)erotismo

Milena, una joven de 31 años egresada de la Universidad Nacional de Córdoba (UNC), describía en una de nuestras conversaciones una performance de seducción que había llevado a cabo con quién, luego, devino su pareja. La joven que aseguraba desarrollar, generalmente, una *seducción sutil* me compartió esta

escena enmarcándola en un momento de su vida donde dijo sentirse *muy sola* y *ser virgen*.

Él me había invitado a salir dos años antes de que nos pusiéramos de novios y le dije que no. En una fiesta él ya tenía novia y no me preguntes por qué pero en ese momento me emborraché y... Yo tenía 27 años, me sentía muy, muy sola, ¡virgen!, y ya se había vuelto como una especie de tabú y de karma, ¿viste?, y estábamos ahí y dije: ¡a este me lo chapo, hoy me lo chapo!, y ahí lo busqué, lo busqué, lo busqué, primero me tomé todo. Bailé, lo provoqué, lo saqué a bailar, me hice el gato⁷ total y él me agarró de la mano y nos pusimos a chapar. Ahí me lo propuse y lo seduje, lo provoqué desde el baile, bailando yo sola primero y después bailando con él. ¿Viste cuando bailás muy sensual? Moviendo mucho la cintura, la cadera, provocativamente. Después, cuando bailábamos juntos y él me daba vuelta yo me apoyaba en él y lo abrazaba. Estuvimos bailando un rato y sin preguntarme nada me agarró y me llevó [a otro espacio donde no había gente] y ahí nos dimos unos besos, me invitó a la casa y le dije que no, ob-

7 El término local *gato* se convirtió durante los últimos años en una nominación muy extendida entre las camadas jóvenes del país. En este caso, *gato* designa un tipo de femineidad *extravagante* y *excesivamente sensual* tanto en su estética corporal como en sus performances eróticas, deviniendo una “parodia hiperbólica” (Butler, 2007) de aquella representación espectacular de la mujer: “cuerpo para ser mirado, lugar de la sexualidad y objeto del deseo”, omnipresente en nuestras culturas contemporáneas (De Lauretis, 1992, p.3).

viamente no me quería hacer cargo de la situación, y después de dos meses me llamó por teléfono y empezamos a salir. (...). Cuando me invitó a salir la pasamos re bien, nos chapamos re bien, y me fui enganchando y, bueno, con él tuve mi primera vez.

(Entrevista con Milena, enero de 2012).

Valentina, una joven de 25 años que estudiaba en la UNC, me compartió, también, una escena de seducción significativa para ella, ya que se trató del comienzo de su relación con su marido.

– *¿Y cómo fue la noche del primer beso?*
 – Estábamos borrachos [alcoholizados] y jugando entre todos a pasarnos un hielo, re descontrolados, y nosotros dos después seguimos chapando durante toda la noche.
 – *¿Cómo era ese juego del hielo?*
 – Estábamos muy borrachos, éramos muchos y cada uno tenía un hielo y con los dientes lo agarrábamos y nos íbamos pasando el hielo [de boca en boca] entre todos y a mí me tocó con él y después de muchos hielos chapé con él ¡porque él me chapó!, entonces yo seguí chapando también. Y después volvimos a chappar cuando ya estábamos sobrios en una cena. Estábamos en la cocina y él me agarró y me chapó, pero yo fui a propósito a la cocina porque me tenía que ir y había una chica que lo seducía, entonces me fui a la cocina y lo busqué, yo lo bus-

qué pero no le di el beso, yo le presumí y él vino, me abrazó y me dio un beso.

– *¿Y ese momento de la cocina cómo fue?*

– Fue muy cortito, yo llegué, lo miré, le toqué el hombro y le sonreí. No es que yo lo agarré y le di un beso, ¡no!, yo le toqué el hombro y le sonreí pícaramente y él me dio un beso. Nos dimos un beso y me volví a sentar pero como diciendo: estamos juntos, cuidado con lo que haces.

(Entrevista con Valentina, abril de 2012)

Si comparamos estas escenas con el guión ofrecido por Alcira, vemos que estas performances contemporáneas adquieren un carácter marcadamente erótico, realizado de forma completamente independiente de los adultos que ya no cumplen ningún papel y en las cuales una sincronía físico-erótica como un *chape* e, incluso, un coito heterosexual se establecen más rápidamente. También observamos un rol más protagónico de las mujeres en estos intercambios, en el marco de los cuales Milena y Valentina desarrollaron actos estético/erótico/corporales claramente erotizados y erotizantes que hicieron, con toda su fuerza perlocucionaria (Austin, 1962), que los destinatarios de sus performances culminen el proyecto de un encuentro erótico. Los comportamientos de ambas jóvenes resultaron “exitosos” y permitieron la “transición” a “nuevas actividades” (Gagnon, 2006) y hacia un nuevo estado de la relación.

La puesta en relación del guión relatado por Alcira, por un lado, y los compartidos por

Milena y Valentina, por otro, muestra cómo las jóvenes contemporáneas se desempeñan activamente en pos de concretar intercambios (hetero)eróticos deseados. Mientras Milena y Valentina se esforzaron en habilitar, y conseguir, encuentros eróticos con un varón que *tenía novia* y con otro al que dos mujeres se disputaban simultáneamente, Alcira contó que ella *miraba al amigo* –porque le había *gustado su forma de ser*– pero que él *sacó a bailar a otra* mujer y ella aceptó la invitación de quién terminó convirtiéndose en su marido. Muestra, también, la creciente sexualización de las feminidades heterosexuales durante las últimas décadas, la transmutación de valor a estigma de la virginidad y las marcadas diferencias de los tiempos de entrada –pasados y presentes– de sincronías eróticas y coitos (hetero)sexuales en procesos de flirteo. Como afirmó Felitti (2015), mientras que en los 70 conocías a una persona, te podías enamorar y, luego, tenías relaciones sexuales; hoy primero tenés relaciones sexuales, después comenzás a conocerla y, por último, quizás te enamoras. Evidentemente la moral sexual y los roles y performances de género y sexuales vienen flexibilizándose, especialmente para las mujeres. Esto ocurre en un contexto de creciente sexualización social –o “pornificación de la cultura” (Illouz, 2014)– que promueve/impone nuevos tipos de “compromisos” (Foucault, 2003) para las jóvenes contemporáneas.

Cada época es regulada por ciertos “códigos morales”: cierto “conjunto prescriptivo” de “valores” y “reglas de acción” que “constituyen un juego complejo de elementos que se com-

piensan, se corrigen [y] se anulan en ciertos puntos” (Foucault, 2003, p.26) y que encauzan prácticas y performances tanto como modelan cierta relación del sujeto consigo mismo. Así, para Milena era ‘urgente’ modificar su condición de *virgen* mientras que para ambas jóvenes estaba prescripto (de)mostrar eficacia y sensualidad en las artes de la seducción. A la par, y como estos códigos no constituyen un conjunto coherente de valores, las dos mujeres afirmaban enfáticamente desarrollar performances de seducción *sutiles*, *recatadas* y *no regaladas*. Ser *recatada* y, por tanto, *no regalada* eran términos a los que adscribían muchas de las mujeres con las que trabajé: este era el lugar de la autodefinición y de la reivindicación del sí misma. No *regalarse* –que al varón *le cueste un poco*, decían algunas jóvenes– implicaba no acceder rápida y fácilmente a relacionamientos eróticos tanto como mantener bajo control las performances de seducción y utilizar ‘en su justa medida’ –medida que, por supuesto, estaba constantemente en disputa– las potencialidades eróticas y sensuales del propio cuerpo. En este contexto, Valentina aclaraba, en las dos escenas que compartió conmigo, que ella no besó a su partener sino que fue él quien la besó a ella a pesar de su participación, a gusto, en el *juego del hielo* como de su ‘presumida incursión’ en la cocina. Vimos también que en el relato de Milena aparecen elementos contrapuestos: su condición de *virgen* –definido en términos de la no experiencia de un coito vaginal, que regla para las mujeres las representaciones respecto de tal condición–, y un despliegue que ella leía como altamente erotizado y erotizante. Por un

lado, Milena se refirió a su performance como de *gato*: una performance laxa en términos erótico/morales, donde se exagera la exhibición del cuerpo y se desregula la sensualidad puesta en la danza y en la interacción con un varón. Por otra parte, aclaró que ella no solía hacer *ese tipo de cosas* pero que aquella vez lo decidió así porque *tenía 27 años y era virgen*, situación que le resultaba vergonzante y le urgía resolver quizás porque, como afirma Preciado, “la vergüenza de no haberlo hecho todavía” es, actualmente, un “código semiótico-técnico de la feminidad” en la “ecología política farmacopornográfica” (2014, pp.100-101).

Como ellas, las jóvenes con las que trabajé decían desarrollar performances que habilitaban encuentros (hetero)eróticos más no los iniciaban explícita y directamente. Esto se hacía por medio de ciertos actos significantes del cuerpo como miradas *sostenidas y sistemáticas*; desplazamientos estratégicos por el espacio –por ejemplo en un local bailable– que tenían como objetivo *llamar la atención*; sonrisas *dulces o pícaras*; y bailes *sensuales, provocativos o eróticos*: performances eminentemente corporales que hacían –en términos perlocucionarios– ser a los varones objeto de atracción, como vimos en los casos de los compañeros de Milena y Valentina que infiriendo deseo en ellas, las tomaron de la mano, abrazaron y besaron.

La seducción y el erotismo se efectivizan por medio de un proceso extremadamente ritualizado en el cual se combinan guiones de

género diferenciados que funcionan complementariamente. Estos proporcionan nombres a los sujetos, describen y promueven sus cualidades, indican los motivos de su comportamiento y establecen una secuencia de actividades apropiadas, verbales y no verbales para cada uno/a (Gagnon, 2006). En este sentido, muchas entrevistadas sostenían que *la mujer es la que seduce* mientras que *el hombre chamuyo, encara y levanta*⁸. Ellas se concentraban en ejercer performances de seducción que resultarían “graciosas”, en el sentido que Schechner le da al término: una acción “eficaz” lograda por medio de un proceso de simplificación que la convierte en signo y le da una forma “tersa” y “bonita” (2000, p.101). Estas eran performances habilitantes de “estados de conversación” (Goffman, 1970) y sincronías físico-eróticas que parecían iniciar los varones por intermedio del *chamuyo* y el *encare*. En esta lógica de acción y representación según sexo/género, le ‘correspondía’ a las jóvenes “envolver” “al compañero a través de sus gestos, su danza, sus miradas y sonrisas”, en tanto que le cabía al varón acercarse mostrando “su interés a través de palabras” (Schuch, 2002, pp.291-292), invitándolas a bailar o iniciando contactos eróticos como un beso en la boca. En el marco de esta organización heterosexual de roles, ellas devenían mujeres funcionando como tales en la

8 Los términos *chamuyo* y *encare* referían a la acción de iniciar una interacción hablada –que integraba la demostración de interés especialmente por medio de palabras halagadoras– y eran referenciados por las entrevistadas como performances de seducción eminentemente masculinas. Cuando estas performances resultaban eficaces, estableciéndose un encuentro (hetero)erótico, devenían en *levante*.

estructura heteronormativa dominante como veremos en el apartado siguiente.

Como parte de un mismo proceso de sujeción y agenciamiento, se ponía en juego –fácticamente– en estas instancias, tanto como –discursivamente– en las conversaciones que yo mantenía con estas mujeres, un arduo trabajo de la “cara” (Goffman, 1970). Vivimos en un mundo de encuentros sociales en los cuales tendemos a representar “un esquema de actos verbales y no verbales” (Goffman, 1970, p.13) por medio de los cuales –más o menos conscientemente– perseguimos y reclamamos para nosotros/as mismos/as un valor social positivo. A través del mantenimiento de una “cara” intentamos respetar la posición social que somos llamados/as a ocupar en el mundo, prescindiendo de ciertas acciones que no nos corresponden y obligándonos a realizar otras que sí integran el conjunto de comportamientos aceptables para nuestra posición. Alcira decía que *antes era todo más prudente*, que a ella le *gustaba así* y que quien devino su marido *era perfecto*, pudiéndose inferir de su relato que él *era perfecto* porque respetaba las “reglas regulativas” (Tambiah, 1985) –tiempos, secuencias, progresos– del ritual del cortejo de la época. *Todo era muy lento, muy bien, muy prudente, había chicas –no del grupo mío– más rápidas pero en el grupo nuestro queríamos hacer las cosas bien*. Como vemos, Alcira hacía un juicio de valor asociando lo *prudente* con lo *bueno*. *Hacer las cosas bien*: retrasar encuentros eróticos de diverso tipo tanto como ‘la primera vez’ se constituía como lo erótico/moralmente

aceptable. Valentina, más allá de las escenas de seducción que me compartió, afirmaba ser *re señorita* y *reservada*, es decir adscribir a performances eróticas que respetaban los “atributos sociales aprobados” (Goffman, 1970) para su posición de sexo/género, que –por supuesto– se han visto transformados en los últimos años. Ser *re señorita* implicaba desarrollar una seducción *sutil* de sonrisas *pícaras* donde intentaba mantener bajo un control –estético, erótico y moral– las actuaciones propias. Ser *reservada* fue el término que utilizó para diferenciarse de la otra joven que, también, seducía durante la noche del relato a quien, luego, se convirtió en su marido. Mientras que la joven *lo toqueteaba*, *le decía cosas* y contaba públicamente *todo lo que hacía en la cama* –en el marco de un *juego de preguntas y respuestas sobre sexo*–, Valentina se presentaba como una mujer preocupada por cuidar su intimidad, *vergonzosa* y *reservada*.

En estas instancias se ponía en juego un “cuidado de sí” (Foucault, 2003) que no solo se manifestaba en los actos erótico/corporales sino, también, en la materialización estilizada del propio cuerpo. Las jóvenes orientaban y autogobernaban las conductas y la estilización de sus cuerpos promoviendo cierto control del mismo para reducirlo en desobediencia (Foucault, 2008).

Estas mujeres perseguían una materialización *sexy* y *fina* de sus cuerpos. Santina –una entrevistada de 27 años– me contó, en una ocasión, cómo se preparó para una cita que había

tenido recientemente, referenciando la preparación del propio cuerpo para una instancia de seducción y erotismo.

- Me bañé, me perfumé, me vestí más linda, no como me visto siempre sino diferente, que se note esa diferencia: un jean ajustado, unos zapatitos más altos, una remera que tenía descubierto el hombro entonces con eso podés seducir más sin hacer tanto. Después el perfume, me maquillé también, soy media pesada con eso entonces me maquillé bien.
- ¿Cómo te maquillaste?
- Me puse correctores, base, delineado, sombra, para que se vea que estaba maquillada pero que no parezca que era una puerta.
- ¿Cómo sería una puerta?
- Claro, que no parezca que estaba ¡taaan maquillada!, me pongo un montón de cosas pero gracias a que soy maquilladora no parece que es tanto y queda lindo. (Entrevista con Santina, octubre de 2011).

Para ‘salir a escena’ estas jóvenes se maquillaban perfectamente, intentando no *pintarse como una puerta* porque como referenciaba Santina y sentenció Ana, otra entrevistada de 21 años, *no hace falta tanto: hay mujeres que son unas puertas andantes que resultan repelentes*. Como vemos, se controlaba minuciosamente toda posible exageración hiperbólica, tanto en términos estéticos como eróticos. Estos cuerpos *elegantes*, de andar distinguido sobre tacos

altos, capaces de *menear hasta tocar el piso* y de *mover sensualmente las caderas*, maquillados prolijamente, vestidos a la moda, modelados por medio de un variado conjunto de “tecnologías de género” (De Lauretis, 1996) –que iban desde un jean elastizado hasta un tratamiento de belleza corporal– (re)hacían, sistemáticamente, raza/clase⁹ y sexo/género/deseo.

Estas mujeres intentaban respetar las cambiantes propuestas de la moda y reparaban en el talle de las vestimentas, estableciendo un atento control sobre sí mismas tanto como sobre otras jóvenes. Mariela –una entrevistada de 26 años– decía que *hay cosas que prefiere no ver* y que le *gustaría tener confianza para decirle a una mina¹⁰ que está gordita y se pone ropa que le queda mal* –léase, pequeña–, que *no se ponga esas cosas porque termina quedando ridícula*.

El respeto del talle y una asociación estratégica entre cuerpo propio, prendas de moda y

9 Los términos raza y clase aparecerán, aquí, interrelacionados por medio de una barra debido a que en Argentina, una nación constituida e imaginada como blanca y europea, hemos construido un “tipo particular de negro” –el “cabecita negra”– más ligado a ciertos “hábitos” sociales y culturales “incivilizados” –los de los sectores económicamente subalternizados– que a un fenotipo determinado (Ratier, 1971). Para Ratier la supuesta “distinción” eminentemente “racial” es más que nada “social” (1971, p.28): son “hábitos”, afirma, los que se estigmatizan bajo el rótulo de “cabecita negra”. En la misma línea, Blázquez (2004; 2008) sostiene que en el país se produjo un proceso de (des)racialización relativa de lo afrodescendiente y de racialización de los sujetos económicamente subalternos lo que conformó “un régimen sensorial y moral enloquecido donde los negros no siempre tienen piel oscura” (Blázquez, 2008, p.13). En este universo, la raza es más bien una categoría social, moral, erótica y estética, en la cual “los negros” son asociados a la vagancia y la delincuencia, y “las negras” a un “mal gusto” estético y una disponibilidad sexual exacerbada (Blázquez, 2008).

10 Término muy extendido en Argentina para referirse a una mujer joven.

talle era imprescindible para hacer “distinción” (Bourdieu, 1998). Si se erraba en esta tarea, se devenía cuando menos *ridícula*, como decía Mariela. Sabemos que la moda define la “excelencia corporal” y que el vestido se constituye como un “molde anatómico” (Perrot, 1981) que hace tanto ideales corporales como cuerpos situados. Quién cabía dentro de pequeñas prendas de moda como minis, ajustadas calzas o pequeños vestidos devenía distinguida: *fina* y *sensual*, (re)haciendo su pertenencia de raza/clase. Quien no respetaba las reglas del talle y dejaba, por ejemplo, que un pequeño short de jean deje al descubierto su grasa abdominal corría el riesgo de ser estigmatizada de *puta*¹¹.

Si bien los marcadores sociales de raza/clase y sexo/género se experimentaban como atributos dados de antemano, lo cierto es que por medio del tipo particular de estilización del cuerpo y de determinadas performances de seducción, estas jóvenes devenían *chicas tranqui*¹² –mujeres normales–: erótico/moralmente aceptables y estéticamente distinguidas. Es decir, jóvenes blancas de ‘buen gusto’, universitarias y eróticamente serias; no “negras”: “vulgares” y “promiscuas” (Blázquez, 2008).

11 La figura de la *puta* aparecía, en campo, no solo como una mujer deshonrosa en términos eróticos –promiscua– sino también no distinguida: con mal gusto estético; en contraposición a un supuesto *buen gusto*, distinción, *elegancia* y honorabilidad erótica de las jóvenes de clase media. La *puta* era la *negra pobre*. Su condición de raza/clase parecía explicar su falta de distinción y su promiscuidad sexual. Aquí, la raza/clase y lo estético/erótico se explican y justifican mutuamente.

12 El término local *chica tranqui* se constituía como el ideal regulatorio de la feminidad que prevalecía en campo. Me referiré con detalle a esto en el próximo apartado.

Estas materializaciones estilizadas y estos actos performativos situados hacían raza/clase y sexo/género/deseo. Estos procesos de sujeción y subjetivación performativamente materializados sobre la superficie de los cuerpos de estas mujeres serán abordados a continuación.

Sobre los efectos del realizativo corporal: cuando el erotismo hace sexo/género/deseo y raza/clase

Como se es mujer en la medida en que se funciona como tal en la estructura heterosexual dominante, se deben performar las “(...) oposiciones discretas y asimétricas (...)” (Butler, 2007, p.72) producidas por la hegemonía heterosexual: la feminidad y la masculinidad, para ser reconocida como mujer, a la par que se deviene tal en ese mismo proceso. Performar el tipo especial de feminidad seductora que (de)mostré aquí: *sexy* pero a la vez *recatada*, *sutil* y *elegante*, conllevaba efectos performativos: hacía sexo/género/deseo y raza/clase, en este caso: producía mujeres heterosexuales universitarias. El tipo de feminidad blanca, de sectores medios y heterosexual producido para sí mismas por estas jóvenes encontraba su necesaria condición constitutiva en la capacidad performativa del propio cuerpo que, cuando salía a escena a seducir, no solo representaba un guión sino que se hacía a sí mismo en ese acto representativo.

Aquello que algunas colaboradoras consideraban ser por naturaleza –sexo– y otras por haber recibido un determinado tipo de socialización –género–, se devenía constante

y sistemáticamente por medio de estos tipos particulares de actos significantes del cuerpo. Estas jóvenes consideraban o bien que *la mujer* –en singular– es *presumida* y *seductora*, o que sus *sexys* y *sutiles* modos de seducción habían sido configurados por lo que llamaban *roles* y *mandatos* de género. Lo cierto es que los actos performáticos de seducción y los modos particulares de estilización del propio cuerpo que llevaban a cabo evidencian que “(...) no hay ningún ser antes del hacer, del actuar, del devenir” (Butler, 2007, p.84). Si estas jóvenes no hubieran hecho todo esto (re)harían otra raza/clase, experimentarían otros modos –no heterosexuales– del erotismo e invertirían al propio cuerpo de otro sexo/género. Es decir que estas performances tenían un carácter formativo de las subjetividades –decían y hacían en y con el cuerpo–, por lo cual los devenires subjetivos de estas mujeres no pueden pensarse sino como incorporaciones performativamente materializadas.

Sostenida en las argumentaciones de Michel Foucault, Butler afirma que el poder “forma” al sujeto proporcionándole la “(...) condición de su existencia y la trayectoria de su deseo (...)” (Butler, 2001, p.12). El poder “(...) no es solamente algo a lo que nos oponemos, sino también, (...), algo de lo que dependemos para nuestra existencia y que (...) preservamos en los seres que somos” (Butler, 2001, p.12). El poder no es solo aquello que se ejerce sobre un/a sujeto sino aquello que es “asumido” por él o ella, y es esa asunción la que se constituye como el instrumento del devenir del sujeto.

En este sentido, aquello que las jóvenes hacían, aquello que decían no hacer o efectivamente no realizaban en el marco de relacionamientos (hetero)eróticos no puede ser leído por fuera de las normas de sexo/género/deseo que, para las feminidades heterosexuales jóvenes de sectores medios cordobeses, prescribían un ideal regulatorio que combinaba sensualidad y recato y que llevaba el nombre local de *chica tranqui*.

Este ideal regulatorio correspondía a la figura –nunca encarnada en sujetos reales– de una joven *sexy*, *presumida*, activa y exitosa en términos erótico-sexuales y, a la vez, *fina*, *elegante*, *sutil* y *recatada*. El tipo de ideal regulatorio al que adscribían, que perseguían e intentaban materializar empeñosamente se constituía como una feminidad sensual, distinguida y honorable. La sensualidad –ser *sexy* y *presumida*– (re)hacía sexo/género/deseo, la distinción –ser *fina* y *elegante*– (re)hacía raza/clase y la honorabilidad –ser *recatada* y *no regalada*– hacía de ellas sujetos erótico/moralmente aceptables. Como los atributos de género están siempre racializados y enclasados –y viceversa– (Gil Hernández, 2008) no se era una joven de clase media blanca si no se (de)mostraba cierto control sobre las propias performances eróticas y selectividad en la elección de los compañeros, y si no se respetaban las normas de la moda y el talle y se era *fina* y *elegante*.

Estas mujeres se veían forzadas a actuar bajo imperativos culturales que promovían –como afirmara Diederichsen respecto del

ideal de feminidad producido por la imagen de Britney Spears– ser “fantasía sexual y compinche en una sola persona, pin-up a la vez que chica buena con la que uno más tarde podría casarse (...)” (2011, p.39). Sin embargo, adscribir fácticamente a las performances propuestas/prescritas por este ideal regulatorio se tornaba una misión casi imposible ya que había que seducir pero sin *regalarse*; bailar sensualmente pero no *exagerar* movimientos corporales, por ejemplo imitatorios de un coito heterosexual en el marco de un reggaetón; ser *sexy* en la propia estilización del cuerpo pero evitar un exhibicionismo hiperbólico; desarrollar buenas performances sexuales pero cuidar que el compañero erótico no infiera una experticia sexual deshonrosa. En este sentido, el ideal de la *chica tranqui* –mujer normal– no solo especificaba los contornos materiales del cuerpo de estas mujeres sino también contornos los morales de sus subjetividades femeninas. Este ideal les aseguraba –aunque no de una vez y para siempre– “supervivencia cultural” (Butler, 2001) sostenida en una raza/clase y una moral sexual hegemónicas –mujer heterosexual, blanca, de sectores medios y erótico/moralmente aceptable–, contrariamente a lo que sucedía con ciertos estereotipos denigratorios que aparecieron en campo como figuras femeninas injuriantes e indeseadas –a las que nadie adscribía– como *el gato* y *la puta*.¹³ Ser estigmatizada bajo los

términos de *gato* o de *puta* ubicaba a una joven por fuera de las “fronteras morales” (Rubin, 1989) de la sexualidad femenina, con lo cual estas mujeres intentaban controlar sus performances eróticas y reducirlas en desobediencia (Foucault, 2008).

Ahora bien, los/as sujetos no están completamente determinados/as por el poder, como tampoco pueden determinarlo completamente. Lo que sucede es que ambas cosas ocurren parcialmente a la vez. La constitución de un/a sujeto “(...) supera la lógica de la no-contradicción” (Butler, 2001, p.28). En este sentido, mejor que pensar estas performances como actos de reproducción o de transgresión de las normas que regulan las feminidades jóvenes actuales, podría considerarse que ocurre una cosa y la otra a la par en el marco de procesos complejos donde se negocian, aunque nunca deliberadamente, “las máscaras” que configuran a la propia persona (Sabsay, 2007). “Afirmar que el sujeto supera la dicotomía «o/o» no es afirmar que viva en una zona libre de su propia creación. Superar no es lo mismo que burlar, y el sujeto supera precisamente aquello a lo que está atado” (Butler, 2001, p.28). Quizás la superación de las normas de sexo/género/deseo que organizaban estas performances e interacciones radicaba en el hecho de que muchas veces estas jóvenes las respetaban de una manera más “ficticia” que “formal” (Bourdieu, 1997). Vimos esto en los casos de Milena y Valentina en los cuales se evidenciaron las “incompatibilidades” entre –lo que Victor Turner (2002) llamó– “modelos conscien-

13 Ya he profundizado respecto de un sistema jerárquico de clasificación y adscripción estético/erótico/moral descubierto en campo en otros trabajos. Allí aparecen descritas densamente las figuras del *gato* y *la puta* y su función en procesos reivindicatorios del sí mismas de estas jóvenes (Bianciotti, 2013; Bianciotti & Ruiz, 2015).

tes” y “guías de conducta” y las interacciones sociales situadas que transcurren en las situaciones cotidianas. Ya vimos como Valentina a la par que se autoreferenciaba como una joven *re señorita y reservada* participaba de juegos colectivos de alto voltaje erótico tanto como le disputó activamente un compañero a otra mujer. Vimos como Milena desarrolló una performance altamente erotizada y erotizante a la par que no había experimentado, aún, un coito vaginal. Más allá de estos dos relatos priorizados aquí, muchas otras mujeres desarrollaban – cuando salíamos a locales bailables durante los fines de semana– aquellas performances que, en nuestras conversaciones diurnas, atribuían como exclusivas de los varones –como las de *chamuyar* y *encarar*– o exclusivas de figuras injuriantes como *el gato* –como la de seducir de modos *exageradamente sensuales*.

Lo que los diversos juegos sociales solicitan a los/as sujetos no es que hagan sin cesar lo que “corresponde” sino que “(...) reconozcan lo que se les propone, y que le otorguen crédito, es decir, en algunos casos, obediencia [y] sumisión” (Bourdieu, 1997, p.175). Esto era lo que hacían estas mujeres: en términos performáticos respetaban –más o menos formal y más o menos ficticiamente– ciertas normas de sexo/género/deseo y raza/clase y, en términos discursivos, adscribían al ideal de *la chica tranqui*. Con ello garantizaban para sí mismas, aunque siempre provisoriamente, “beneficios de regularidad” (Bourdieu, 1997) y la dicha de la “existencia social” (Butler, 2001).

Ahora bien, como la forma reflexiva que toma el poder no siempre obliga a los/as sujetos a volverse “contra” sino también “sobre” sí mismos/as (Butler, 2001) no quiero dejar de expresar que el ámbito (hetero)erótico/afectivo de las vidas de estas jóvenes no solo se constituía como arena de disputas, disciplinamiento y autogobierno (Foucault, 2008), sino también como objeto de reflexión, espacio de placer y motivo de acompañamiento entre las amigas. El amor y el erotismo eran objeto de deseo y de reflexión, autocrítica y crítica de las performances eróticas y los modos de vinculación amorosa de sus pares varones. Reflexiones sobre *el machismo* eran comunes en nuestras conversaciones, en el marco de las cuales estas mujeres expresaban sus deseos por conformar parejas *igualitarias* o donde ambas partes se acompañen *de igual a igual*. Ellas pretendían y exigían compañeros eróticos atentos a sus deseos sexuales y placeres femeninos tanto como compañeros amorosos que las alienten y acompañen en sus crecimientos profesionales y que se comporten como pares en la crianza de futuros/as hijos/as y en las tareas domésticas. En especial las entrevistadas de más edad –quienes rondaban los 30 años– relataban los procesos que estaban haciendo sobre sus propias creencias en torno al erotismo y las relaciones amorosas. Muchas de ellas discutían con sus madres y padres sobre los mitos y silencios que habían forjado su educación sexual en el ámbito familiar; otras me contaban del proceso de cuestionamiento que estaban haciendo respecto de la educación religiosa que habían recibido; algunas jóvenes estaban intentando separar

fácticamente *el amor del sexo* manteniendo relacionamientos eróticos desmarcados de la formalidad de una pareja estable y disfrutando de ello; y casi todas cuestionaron la ‘máxima’ muy extendida en el país: varón que mantiene relaciones sexuales con muchas mujeres: *ganador*; mujer que mantiene relacionamientos sexuales con muchos varones: *puta*. Estos procesos reflexivos de las jóvenes, tanto como la puesta en diálogo de las escenas relatadas por un lado por Alcira, y por otro por Milena y Valentina dan cuenta de la contingencia de las moralidades sexuales y de la capacidad de restauración de las performances de sexo/género/deseo.

En el ritual de la seducción y el (hetero)erotismo prevalece una estructura de oposiciones discretas y asimétricas que guiona performances de sexo/género binarias y complementarias, estructura que puede observarse tanto en el relato de Alcira –situado en los años sesenta–, como en los de Milena y Valentina –situados en el presente. Performar estos guiones de seducción y de sexo/género diferenciados y complementarios cumple la doble función de hacer sujetos y (re)hacer la “heterosexualidad obligatoria” (Rich, 2010) o la “matriz de inteligibilidad heteronormativa” (Butler, 2007), porque como ha demostrado ya el feminismo de la tercera ola el género no (re)produce al género sino a la heteronormatividad.

Si bien las actuaciones de sexo/género/deseo “preservan” el género dentro de su marco binario (Butler, 2007), este no puede más que considerarse una “identidad” “débilmente formada en el tiempo” (Butler, 2007) con lo cual

las oposiciones discretas y asimétricas entre femenino y masculino no quedaban intactas en el marco de las experiencias estudiadas, así como tampoco las subjetividades de las jóvenes con las que trabajé. A partir del análisis hecho aquí observamos cómo las jóvenes contemporáneas participan activamente en interacciones (hetero)eróticas eligiendo compañeros con plena autonomía y dando a sus propios deseos mayor espacio simbólico, emocional y material. También vimos cómo, en un contexto de creciente sexualización social, las performances femeninas adquieren un carácter erotizado y erotizante hasta ahora nunca visto. La virginidad femenina ha perdido valor tornándose estigmatizante, como vimos en el caso de Milena, y los nuevos “códigos semiótico-técnicos” (Preciado, 2014) promueven, hoy, la sensualidad y la experiencia erótico-sexual como valores en alza.

Aquello que se encuentra en constante proceso de cambio va erosionando –del centro hacia las fronteras amorales de las (hetero)sexualidades contemporáneas– los límites entre lo moral y lo amoral haciendo ingresar, progresivamente, experiencias erótico-sexuales hasta hace pocas décadas abyectas. Si pensamos en el planteo que hiciera Rubin (1989) tres décadas atrás, la “norma sexual establecida”: sexo procreador, heterosexual, dentro de los límites del espacio íntimo-privado, monogámico, entre miembros de la misma generación y en pareja, encuentra sus lugares de resquebrajamiento en función de aquello que descubrí durante el trabajo de campo que da lugar a este artículo. El sexo procreador llegaba o llegaría a las vi-

das de estas jóvenes luego de, por lo menos, 10 años de experiencias erótico/sexuales; el sexo en pareja era deseado pero se combinaba con encuentros sexuales ocasionales disfrutados y elegidos; el sexo de –y en la– alcoba se iniciaba en locales bailables, a veces con intercambios de caricias en las zonas genitales que dejaban solo para el espacio privado el coito genito-vaginal; el amor y el sexo intergeneracional se hacían cada vez más presentes.

Las características estético/erótico/corporales de las performances que investigué (de) muestran las marcadas transformaciones en la vida erótica de los sectores juveniles heterosexuales de sectores medios de nuestro país, aunque estas transformaciones se establecen, por supuesto, bajo formas de agencias condicionadas por las categorías de raza/clase y de sexo/género/deseo. Las oposiciones prescritas socialmente según sexo/género no pueden evitar resignificaciones y la convivencia de versiones diversas del “ser mujer”, entrando en conflicto los significados atribuidos a la feminidad y encontrándose esta en una constante disputa por su definición; la cual durante las últimas décadas, se ha hecho más flexible en cuanto a las proscripciones e (im)posibilidades establecidas para las mujeres.

Referencias bibliográficas

- Austin, J. (1962). *Cómo hacer cosas con palabras*. Santiago de Chile: Universidad de Arte y Ciencias Sociales. Disponible en: http://revistaliterariakatharsis.org/Como_hacer_cosas_con_palabras.pdf
- Barrancos, D. (1999). “Moral sexual, sexualidad y mujeres trabajadoras en el período de entreguerras”. En F. Devoto & M. Madero (Dirs.), *Historia de la vida privada en la Argentina. La Argentina entre multitudes y soledades. De los años treinta a la actualidad*. (pp.199-225). Buenos Aires: Taurus.
- Bianciotti, M.C. (2013). Género, erotismo y subjetividad: formas de clasificación estético-erótico-morales jerarquizantes entre mujeres jóvenes heterosexuales. *Revista Brasileira de Sociologia da Emoção*, 12(35), 594-616.
- Bianciotti, M.C. & Ruiz, S. (2015). “De la *chica tranqui* al *gato*. Recorridos identitarios en dos campos de trabajo etnográfico”. *XI Reunión de Antropología del Mercosur. Diálogos, prácticas y visiones antropológicas desde el sur*. Montevideo: Inédito.
- Blázquez, G. (2004). *Coreografías do Gênero. Uma etnografia dos bailes de Quarteto*. (Tesis de Doctorado). Universidade Federal do Rio de Janeiro, Rio de Janeiro.
- Blázquez, G. (2008). Negros de alma. Raza y procesos de subjetivación juveniles en torno a los bailes de Quarteto (Córdoba, Argentina). *Revista Estudios en Antropología Social*, 1(1), 7-34.
- Blázquez, G. & Lugones, M.G. (2012). “Territorios homoeróticos de jóvenes varones en la Córdoba de inicios de los 80”. Actas Workshop Tepoztlán Institute, México.
- Blázquez, G. & Lugones, M.G. (2014). “Cositas fuera de lugar: miradas oblicuas en

- y sobre una noche cordobesa de inicios de los 80". En D. Barrancos, D. Guy & A. Valobra, *Moralidades y comportamientos sexuales: Argentina 1880-2011* (pp.321-344). Buenos Aires: Editorial Biblos.
- Boix, L., Ghisolfi, J. & Rizo, V. (2009). *La noche una y otra vez. Una etnografía sobre performances y prácticas de seducción femeninas en las fiestas electrónicas*. (Tesis de Grado). Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba.
- Bourdieu, P. (1997[1994]). *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu, P. (1998[1979]). *La Distinción*. Madrid: Taurus.
- Butler, J. (2001[1997]). *Mecanismos psíquicos del poder. Teorías sobre la sujeción*. Madrid: Cátedra.
- Butler, J. (2002[1993]). *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"*. Buenos Aires: Paidós.
- Butler, J. (2007[1990]). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona: Paidós.
- Carvajal, F., Longoni, A., Tapia, M., López, M., Nogueira, F., Mesquita, A. y Vindel, J. (2012). "Introducción". En Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía. *Perder la forma humana. Una imagen sísmica de los años ochenta en América Latina*. (pp.11-15). Madrid: Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía.
- Cosse, I. (2008). Familia, sexualidad y género en los años 60. Pensar los cambios desde la Argentina: algunos desafíos y problemas. *Revista Temas y Debates*, 16, 131-149.
- Cosse, I. (2010a). Una revolución discreta. El nuevo paradigma sexual en Buenos Aires (1960-1975). *Revista Secuencia*, 77, 113-148.
- Cosse, I. (2010b). *Pareja, sexualidad y familia en Buenos Aires (1950-1975)*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Cosse, I., Felitti, K. & Manzano, V. (2010). *Los 60 de otra manera. Vida cotidiana, género y sexualidades en la Argentina*. Buenos Aires: Prometeo.
- De Lauretis, T. (1992[1984]). *Alicia ya no. Feminismo, Semiótica, Cine*. Madrid: Cátedra.
- De Lauretis, T. (1996[1989]). La tecnología del género. *Revista Mora*, 2, 6-34.
- Diederichsen, D. (2011[2000]). *Personas en loop. Ensayos sobre cultura pop*. Buenos Aires: Interzona.
- Felitti, K. (2015). "¿Qué hace una feminista en Tinder? ¡Coger!". Entrevista de Luciana Peker. Página/12. Disponible en: <http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/las12/13-10194-2014-11-07.html>
- Foucault, M. (2003[1984]). *Historia de la sexualidad II. El uso de los placeres*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Foucault, M. (2008[1981]). Tecnologías del yo. En M. Foucault. *Tecnologías del yo y otros ensayos afines* (pp.45-94). Buenos Aires: Paidós.
- Gagnon, J. (2006). *Uma interpretação do desejo. Ensaio sobre o estudo da sexualidade*. Rio de Janeiro: Garamond.

- Geertz, C. (2006). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- Giberti, E. (1971). *Los argentinos y el amor*. Buenos Aires: Merlín.
- Gil Hernández, F. (2008). Racismo, homofobia y sexismo. Reflexiones teóricas y políticas sobre interseccionalidad. En P. Wade, F. Urrea Giraldo & M. Viveros Vigoya (Eds.), *Raza, etnicidad y sexualidades: ciudadanía y multiculturalismo en América Latina* (pp.485-512). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Goffman, E. (1970[1967]). *Ritual de Interacción*. Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo.
- Guber, R. (2008). *El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Buenos Aires: Paidós.
- Heilborn, M.L. (2006[1999]). Corpos na cidade: sedução e sexualidade. En G. Velho (Org.), *Antropología Urbana. Cultura e sociedade no Brasil e em Portugal* (pp.98-108). Rio de Janeiro: Zahar.
- Illouz, E. (2014). *Erotismo de autoayuda. Cuenta sombras de Grey y el nuevo orden romántico*. Buenos Aires: Katz Editores.
- Jones, D. (2010). *Sexualidades adolescentes. Amor, placer y control en la Argentina contemporánea*. Buenos Aires: CIC-CUS-CLACSO.
- Lucena, D. (2012a). Estéticas y políticas festivas en Argentina durante la última dictadura militar y los años 80. *Estudios Avanzados*, 18, 35-46.
- Lucena, D. (2012b). Estrategias de la alegría. En Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía. *Perder la forma humana. Una imagen sísmica de los años ochenta en América Latina* (pp.111-115). Madrid: Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía.
- Mafud, J. (1966). *La revolución sexual argentina*. Buenos Aires: Américalée.
- Manzano, V. (2010). Ha llegado la 'nueva ola': música, consumo y juventud en la Argentina, 1956-1966. En I. Cosse, K. Fellitti & V. Manzano (Eds.), *Los 60 de otra manera. Vida cotidiana, género y sexualidades en la Argentina* (pp.19-60). Buenos Aires: Prometeo.
- Meccia, E. (2011). *Los últimos homosexuales. Sociología de la homosexualidad y de la gaycidad*. Buenos Aires: Gran Aldea Editores.
- Pecheny, M. (2010). Parece que no fue ayer: el legado político de la ley de divorcio en perspectiva de derechos sexuales. En R. Gargarella, M. Murillo & M. Pecheny (Comps.), *Discutir Alfonsín* (pp.93-123). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Perrot, P. (1981). Otra historia del vestido. *Revista Diógenes*, 114, 159-177.
- Preciado, B. (2014[2008]). *Testo yonqui. Sexo, drogas y biopolítica*. Buenos Aires: Paidós.
- Rapisardi, F. & Modarelli, A. (2001). *Fiestas, baños y exilios. Los gays porteños en la última dictadura*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Ratier, H. (1971). *El cabecita negra*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

- Rich, A. (2010[1980]). Heterosexualidad obligatoria y existencia lesbiana. En D. Jones, M. Gogna, T. Valdés, & M. Pecheny (Eds.), *Sexualidades y ciencias sociales: textos fundamentales* (CD). Buenos Aires: Maracuyá.
- Rubin, G. (1989[1984]). Reflexionando sobre el sexo: notas para una teoría radical de la sexualidad. En C. Vance (Comp.), *Placer y peligro. Explorando la sexualidad femenina* (pp.113-190). Madrid: Talasa Ediciones.
- Sabsay, L. (2007). *Los dilemas del antiesencialismo en la teoría feminista contemporánea: una reflexión en torno a Judith Butler*. Almería: Instituto de Estudios Almerienses.
- Schechner, R. (2000). *Performance. Teoría y prácticas interculturales*. Buenos Aires: Libros del Rojas.
- Schechner, R. (2012). *Estudios de la Representación. Una Introducción*. México: FCE.
- Schuch, P. (2002). 'Ficar' ou Namorar: eis a questão? Relações de Gênero, Afeto e Corpo entre Jovens Universitários de Porto Alegre. *Revista Brasileira de Sociologia da Emoção*, 1(3), 282-302.
- Silva Segovia, J. & Delgado Barrientos, J. (2008). Guiones sexuales de la seducción, el erotismo y los encuentros sexuales en el norte de Chile. *Revista Estudos Feministas*, 16(2), 539-555.
- Tambiah, S. (1985). *Culture, Thought and Social Action. An Anthropological Perspective*. Cambridge: Harvard University Press.
- Turner, V. (2002[1985]). La Antropología del performance. En I. Geist (Comp.), *Antropología del Ritual* (pp.103-144). México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.